

NO HAY NOVELA DEL AMOR FELIZ

"En el fondo todas las buenas historias son de una sola clase: la de la historia escrita por un individuo con una verdad propia."

Ray Bradbury

Pronto hará un año que el mar devolvió el cuerpo sin vida de Amelia Bécquer, más conocida como la loca de la playa de Las Salinas. Ignoro si pudo tratarse de un suicidio, pero no cabe duda de que su muerte puso fin a una agonía que tal vez había durado demasiado tiempo. Durante los últimos años se había entregado a la bebida. Raro era el día que no se la veía borracha como una cuba. Bajo el influjo del alcohol, afloraba la escritora que llevaba dentro y se ponía a emborronar papeles, que luego abandonaba al capricho del viento, quién sabe si con la secreta esperanza de encontrar un destinatario. Lo cierto es que, siguiendo ese rastro de papeles esparcidos a lo largo de la playa, llegué un buen día de hace nueve o más años hasta su palacio, como solía llamar a aquella caseta que le servía de alojamiento. Habitaba, de hecho, en una de esas construcciones de cemento que se levantan en la base de los repetidores eléctricos. A falta de otras comodidades, poseía un colchón de espuma, una hamaca playera con las patas picadas por la herrumbre y unas cajas de fruta, donde amontonaba sus ropas y enseres personales, así como unos pocos cachivaches sin otro valor que el sentimental.

SANTIAGO

BERUETE, es licenciado de Grado en Filosofía y en Antropología Social y Cultural. Ha sido "Premio Tiflos de libros de cuentos" en 1989 y "Francisco Ynduráin de las Letras para escritores jóvenes" en 1995 así como finalista del "Premio Torrente Ballester de Narración" de 1990 o del "X Premio Herralde de Novela" de 1992, entre otros premios. Ha publicado libros de poesía como *Visión del último invitado* (1988) o *El animal de dos espaldas* (1987), y libros de ensayo como *El héroe y el laberinto* (1989) o *El libro del ajedrez amoroso* (2003)

Pero la sorpresa de que ese cuchitril estuviera habitado, no fue nada comparada con la inolvidable impresión que me causó conocer a su moradora. Amelia Bécquer ofrecía el aspecto de una princesa disfrazada. No solo poseía una esbelta figura y una desmañada elegancia, sino también unas facciones todavía agraciadas y una finura en el trato, que contrastaban con sus míseras condiciones de vida. Tanto o más atractiva que su apariencia física, era su biografía, ya de por sí, una novela. No se ha borrado de mi memoria el relato que, aquella ya lejana tarde, me hizo de su vida y milagros. Al hilo de la conversación, mencionó que era autora de varios libros de éxito en Alemania. Debí poner tal cara de incredulidad cuando oí sus palabras, que se sintió en la necesidad de explicar cómo había llegado a aquella precaria situación. Por su boca supe que, hacía casi tantos años como los que yo tenía entonces, había venido a España buscando un retiro tranquilo, donde poder dedicarse a escribir su próximo libro. Si bien tenía pensado consagrar su tiempo a la redacción de una novela, pronto se dejó seducir, según sus propias palabras, por el disfrute de la vida. El culpable de esa metamorfosis iba a ser un tal Sebastián. A los pocos meses de conocerle, Amelia Bécquer ya solo vivía para mirarle a los ojos, tomar el sol y bañarse en el mar. Seguramente porque se sentía la mujer más dichosa del mundo, no le importó renunciar a sus ambiciones literarias. Su felicidad hubiera podido ser completa si no fuera porque un cáncer segó prematuramente la vida de quien estaba llamado a convertirse en su inseparable compañero.

Amelia Bécquer ya nunca más se recuperó de aquella trágica pérdida y se hundió en la que sería la etapa más aciaga de su existencia. Puede que, de haber sido otra persona, hubiera atendido el consejo de sus amigos y hubiera retornado a su Alemania natal. Pero lejos de liquidar los restos de su inmediato pasado y empezar una nueva vida, abandonó definitivamente el hábito de escribir y continuó residiendo en la casa que había compartido con su difunto amante. El tiempo acabaría demostrando la trascendencia de esa decisión. No creo tampoco exagerado decir que, con esa actitud, labró su perdición.

Muy pronto el esfuerzo de vivir comenzó a pesarle y se acostumbró a abusar de la bebida. Pero lo peor no fue esto, sino que, tras varios años de subsistir a expensas de las ganancias obtenidas por sus primeros libros, éstas amenazaban con agotarse. Si seguía negándose a afrontar la realidad, corría el peligro de acabar en la calle, cosa que sucedió al cabo de unos pocos meses. Atravesaba esa difícil situación cuando yo la conocí. Me parece que la estoy viendo, sentada a la sombra del cuchitril que le servía de vivienda mientras, como si hablara consigo misma, se desahogaba contando sus penas. He de decir que, cuando dio término a su relato, me sentí

prendado. No sabría decir si fue su belleza roída por un viejo dolor o la magia de su narración, lo que me cautivó aquella primera tarde. Pero antes de despedirme supe que buscaría más veces su compañía. A partir de entonces me dejé caer por allí muchas veces. Al principio fingía estar de paso hacia otra parte, pero con el tiempo no solo cesé de avergonzarme, sino que también adquirí la costumbre de obsequiarle con cualquier motivo. Se trataba de pequeños presentes al alcance de mi bolsillo, tales como fruta fresca, pan tierno o un libro de lectura. No faltaron tampoco ocasiones en que, más por su insistencia que por propia voluntad, le agasajé con una botella de ginebra barata o cerveza. Si bien Amelia Bécquer se mostraba agradecida de recibir esas atenciones, no se daba cuenta o no quería darse cuenta del afecto que yo le profesaba. Tal vez porque no esperaba ya nada de la vida; o tal vez porque era consciente de mi osada ingenuidad, prefirió no cultivar esos sentimientos.

En cierta ocasión Amelia Bécquer me preguntó por qué seguía yendo a verla; pero sin darme tiempo a responder, me selló los labios con un beso. Luego se produjo un largo silencio, que me sentí en la necesidad de romper. Al poco de tomar la palabra, se apartó de mi lado y, sin dejar de ponerme ojos tiernos, murmuró en un tono lleno de implicaciones: "Mejor será que te vayas". Esa declaración que sabía a desengaño y frustración se quedó resonando en mi cabeza. Pasaron bastantes días antes que volviera a visitarla.

Aquel otoño y el posterior invierno, si bien cada vez menos frecuentemente, todavía me dejé ver por su palacio. Pero bien porque mis secretas esperanzas habían quedado en nada, bien porque mis esfuerzos para hacerle abandonar la bebida se mostraron inútiles, acabé prefiriendo no pasar por allí. Durante los meses siguientes continué preguntando a unos y a otros por Amelia Bécquer, a quien por aquel entonces la gente empezó a llamar cariñosamente la loca de la playa de Las Salinas. Mientras echaba a perder lo poco que le quedaba de su belleza y su talento, y se convertía en una ruina de persona, yo terminé mis estudios, encontré trabajo en otra ciudad y me casé.

Hacía una eternidad que no me acordaba de ella cuando leí en el periódico que había perecido ahogada en el mar. Siempre me había esperado algo así. Incluso llegué a pensar que la muerte supondría un alivio para su fatigado corazón. Pero jamás imaginé que, dado el caso, la echaría tanto de menos. Desde entonces, muchas veces he vuelto a recorrer el camino que, bajo la sombra de los pinos, conduce a la playa de Las Salinas, al encuentro quién sabe si de su fantasma o de mi juventud. A la vista de los

papeles que arrastra la brisa marina, he concebido en ocasiones la disparatada idea de que, dondequiera que se encuentre, Amelia Bécquer me sigue enviando mensajes. En esos momentos acude a mi mente con relativa insistencia uno de sus pocos versos que todavía recuerdo: “tomando el sol a través de las grietas que deja el disgusto de vivir”. Quizá ninguna frase resume mejor el espíritu con que Amelia Bécquer afrontó las injusticias de la vida.